

Fredi
Por Héctor Lastra
(Sudamericana)

En la obra de algunos narradores de nuestro siglo (entre los cuales se hallan, admito, mis preferencias), el protagonismo está en la resistencia del material, el agón del autor triunfante frente a su escritura. En la de otros, no menos reconocidos, está en la historia, una historia que fluye e instala al lector en un mundo primordialmente fáctico. No deja de haber algún modo de historia en unos ni, por supuesto, perfecciones de estilo en los otros, y las fronteras, siempre arbitrarias, son de imposible delimitación. Si me apurasen a dar ejemplos paradigmáticos, arriesgaría: Joyce y Hemingway. Las dos novelas de Héctor Lastra, *La boca de la ballena* (1973) y *Fredi*, que acaba de aparecer, participan del segundo tipo.

Hay un recurso típicamente narrativo común a ambas: con un trasfondo político de peso, éste no se registra sino en alusiones al pasar o, a veces, en la incidencia indirecta sobre las acciones o actitudes de ambos protagonistas, de los cuales sólo en contadísimos (y fundamentales) casos, y nunca de modo declarativo, conocemos una toma de posición, una elaboración ideológica personal. La mirada de un semipúber en un caso, y de un villero que se limita a actuar sin destacarse (naturaleza o condena de su realidad) por sus facultades racionales (sólo al final, y a través de la acción, el relato sigue un proceso mental suyo), legitiman el recurso.

Fredi narra tres períodos en la vida del protagonista, cuyo nombre da título a la novela: '61; '66 a '67, y '73 a '74. Las dos primeras abarcan la mitad del libro; la segunda, la otra mitad. De ésta última, la mayor extensión (tercera parte del total del libro) transcurre en una única, larga y crucial velada. Ya desde el principio están echados los cimientos: Fredi sale de la cárcel. La condena lo acompañará siempre: con antecedentes e indocumentado, sin poder (en algún momento quizá sin desear) reunir el dinero para pagarle al abogado que solucionaría su situación legal, tendrá pocas y poco interesantes posibilidades de trabajo lícito, y reincidirá en la delincuencia y en la cárcel. Deambula siempre entre la casa de su familia (sin padre) en la Villa 31 de Retiro (cuya historia, paralelamente, se recorre) y los alrededores: el puerto, la Plaza San Martín, bares y cabarets del Bajo. El realismo es, como afirma la contratapa, escrupuloso. No sólo porque se narren hechos que podrían haber sucedido en la realidad, sino porque el relato es tan vívido que transforma al lector en casi un testigo visual. Sobre todo en los pasajes de tensión narrativa mejor lograda: seducción y fornicación acompañada de hurto de una empleada doméstica a quien encuentra en un baile; la secuencia que culmina en la consumación del incesto con su hermana; la visita de un grupo de marineros japoneses al cabaret en que él trabaja (todas en las dos primeras partes). En otros pasajes adquiere cierto protagonismo un recurso estilístico que guarda relación con la no opinión ideológica explícita de Fredi: el relato coloquial o el diálogo en que sólo se transcriben las palabras de los otros personajes (si él está presente, el espacio que deberían ocupar sus palabras queda en blanco). Las primeras irrupciones de este recurso llaman la atención por su buen uso; luego, se torna un tanto repetitivo e insustancial. La velada final se vuelve extensa no sólo por la cantidad de páginas: sin dejar de sustentarse en la acción, ésta es por momentos excesivamente (tal vez nimiamente) detallada para la función que cumple y el peso que tiene en el conjunto. Es ésa la parte en que la situación política de trasfondo tiene mayor significación actual: los grupos paramilitares que comenzaban a organizar la represión le ofrecen un lugar y una buena salida económica, que él, asumiéndose no más que como delincuente común, rechaza. La comodidad con que Lastra se desenvuelve narrativamente por los submundos (ya en *La boca...* era la villa del bajo de San Isidro) le permite relacionar y, a la vez, diferenciar (en la actitud final del personaje) la delincuencia común con la represión ilegal. Los mayores méritos de la novela en cuanto tal residen, con todo, en otras zonas. (467 páginas).

Pablo Ingberg